



**Ensayo crítico sobre algunas obras históricas  
utilizables para el estudio de la conquista de  
Chile.**

POR

TOMAS THAYER OJEDA

(Continuacion)

---

CAPITULO IX (1)

LA ETNOLOGÍA I PSICOLOGÍA INDÍJENAS

La importancia de *La Araucana* para el estudio de la psicología i etnología de nuestros aboríjenes queda manifiesta en el contraste que ofrece el araucano cantado por Ercilla con el que resulta de las investigaciones llevadas a cabo por el conocido etnólogo i psicólogo señor don Tomas Guevara.

Sin pretender competir con la reconocida erudicion del señor Guevara no podemos, al indicar algunos puntos interesantes bajo este aspecto que se tocan en *La Araucana*, omi-

---

(1) El capítulo anterior lleva este número por equivocacion.

tir un ligero exámen de las impugnaciones o simples reparos que le ha sugerido su estudio al señor Guevara i constan en el Capítulo V de su obra intitulada *Folklore Araucano* (1).

Como se ha visto ya, disentimos de las opiniones del señor Guevara en lo tocante al orijen de algunos nombres araucanos i mas aun en cuanto a las dotes guerreras reveladas por ese pueblo, tan celebradas siempre i sostenidas aun en nuestros dias por autores tan respetables como el eminente historiador señor don Crescente Errázuriz (2) i el etnólogo i arqueólogo señor don Ricardo E. Latcham (3).

Reconocida la idoneidad de los autores nombrados la diverjencia de sus pareceres debe orijinarse en las fuentes mismas de investigacion.

El señor Guevara ha preferido los cronistas antiguos, el exámen de los restos prehispanos, la tradicion i supervivencia de las costumbres que «dan material suficiente al que conozca a fónido la raza para reconstituir la psicología del indio de mediados del siglo XVI, sin caer en los artificios de

---

(1) Este estudio, leído en resúmen en el Congreso de Americanistas de Buenos Aires en 1910, ocupa las pájinas 159 a 208 de la citada obra.

En los capítulos precedentes nos hemos referido en mas de una ocasion a este estudio, evitando sí mencionar la obra i a su autor a fin de poder refutar o esponer los reparos que nos sugerian las opiniones del señor Guevara con entera libertad i sin que se pudiera atribuir nuestro proceder a otro móvil que al de dilucidar con serenidad las interesantes cuestiones planteadas en su obra por el señor Guevara.

Por insinuacion del propio señor Guevara, que agradecemos debidamente, hemos variado ahora de procedimiento refiriéndonos espresamente al estudio incluido en su obra *Folklore Chileno*; porque, en efecto se puede no sólo disentir, refutar o impugnar las opiniones de un autor, sin trasgredir los fueros de la amistad, sino tambien dejar espedito el camino para que éste, si quiere, o no lo estima innecesario, pueda a su turno defender sus ideas o demostrar la falta de base de las de su contradictor.

(2) El señor Errázuriz ha escrito en estos últimos años la historia de Chile desde la conquista hasta el Gobierno de Pedro de Villagra (1540-1565) en seis volúmenes nutridos de utilísima informacion sobre la materia.

(3) *La capacidad guerrera de los Araucanos i métodos militares.*

la fantasía» (1). Los señores Errázuriz i Latcham han utilizado principalmente la valiosa *Coleccion de Documentos Inéditos* publicada por el señor don José Toribio Medina, basándose, por consiguiente, en cartas, memoriales, informaciones de servicios i otra serie de instrumentos emanados directamente de los gobernadores, eclesiásticos, capitanes i soldados que actuaron en la guerra de Arauco.

Por nuestra parte preferimos esta segunda, tanto por el crecido número de testigos i el grande acopio de noticias, cuanto porque, como trataremos de demostrar en esta obra, no todos los cronistas son igualmente fidedignos, i porque no conociendo ni aun superficialmente la raza araucana no hemos comprendido si los restos prehispánicos, tradiciones i supervivencias de algunas costumbres basten para el cabal conocimiento del valor guerrero i demás dotes de ese pueblo en el siglo XVI o en los siguientes.

Como quiera que sea la verdad, la discrepancia de pareceres deja abierto el estudio de esta materia i con tanto mayor razon cuanto que Ercilla insiste sobre su importancia en el Prólogo de su celebrado poema, en forma tan categórica que no deja duda de que sus afirmaciones son el fruto de una madura observacion.

«I si a alguno le pareciere (dice en el referido lugar) que me muestro algo inclinado a la parte de los Araucanos, tratando sus cosas i valentías, mas estendidamente de lo que para Bárbaros se requiere: Si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra, i ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, i que son pocos los que con tan gran constancia, i firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos, como son los Españoles. I cierto es cosa de admiracion, que no poseyendo los Araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él, pueblo formado, ni muro, ni casa fuerte para su reparo, ni armas a lo ménos defensivas, que la prolija gue-

(1) Obra citada, pág. 167.

« rra, i Españoles las han gastado, i consumido, i en tierra  
 « no áspera, rodeada de tres pueblos Españoles, i dos plazas  
 « fuertes en medio della, con puro valor i porfiada deter-  
 « minacion ayan redimido i sustentado su libertad, derra-  
 « mando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de  
 « Españoles, que con verdad se puede decir aver pocos lu-  
 « gares que no estén della teñidos, i poblado de huesos no  
 « faltando a los muertos quien les suceda en llevar su opi-  
 « nion adelante. Pues los hijos ganosos de la venganza de  
 « sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve i  
 « valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años,  
 « antes de tiempo, tomando las armas, se ofrecen al rigor  
 « de la guerra. I es tanta la falta de jente, por la mucha  
 « que ha muerto en esta demanda que para hacer mas cuer-  
 « po, henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres  
 « a la guerra i peleando algunas veces como varones, se en-  
 « tregan con grande ánimo a la muerte. Todo esto he que-  
 « rido traer a prueba i en abono del valor destas jentes,  
 « dignas del mayor loor del que yo le podré dar con sus ver-  
 « sos. I pues, como dije arriba, ay agora en España cantidad  
 « de personas que se allaron en muchas cosas de las que aquí  
 « escribo, a ellos remito la defensa de mi obra en esta parte,  
 « y a los que la leyeren se la encomiendo.»

El valor del araucano i sus costumbres referidas por Ercilla, no son pues ficciones poéticas: claramente se desprende esto del párrafo transcrito. Que Ercilla se equivocase en sus observaciones, es posible; difícil que hubiese abrigado el propósito de engañar, i que tan lejos le llevase su audacia, inventando tales hechos con el fin de sorprender la buena fé de sus mismos contemporáneos; e inconcebible que existiendo tantos otros testigos oculares actores en la guerra i concedores de las costumbres araucanas a nadie se le ocurriese desmentir las afirmaciones de Ercilla, si ellas no hubieran sido ajustadas a la verdad. I pues, son ellas de interes para la etnología merecen ser estudiadas.

Segun *La Araucana*, nuestros aboríjenes no constituian

una sola raza, sino un agrupamiento de pueblos, de costumbres i cultura diversos, i diferentes tambien por sus rasgos étnicos.

Ercilla admite en jeneral una característica guerrera para los habitantes de Chile:

«La jente que produce es tan granada,  
Tan soberbia, gallarda i belicosa,  
Que no ha sido por Rei jamas rejida  
Ni a extranjero dominio sometida.»

(Canto I).

En la actual provincia de Atacama moraban los

«... Copoyapós, indios granados,  
Que de grandes flecheros tienen fama.»

(Canto XXVII).

Los incas sometieron algunos de los pueblos del norte, pero fueron a su turno derrotados por los promaucaes:

«Los indios Promaucaes es una jente,  
Que está cien millas ántes del Estado,  
Brava, soberbia, próspera i valiente  
Que bien los Españoles la han probado:  
*Pero con cuanto digo es diferente  
De la fiera nacion, que cotejado  
El valor de las armas i excelencia,  
Es grande la ventaja i diferencia.»*

En treinta i siete estrofas describe las costumbres, armas, gobierno *de la fiera nacion araucana*. De éstas trascribimos la que concierne a sus rasgos físicos:

«Son de jestos robustos, desbarbados,  
 Bien formados los cuerpos, i crecidos,  
 Espaldas grandes, pechos levantados,  
 Recios miembros, de nervios bien fornidos:  
 Ajiles, desenvueltos, alentados,  
 Animosos, valientes, atrevidos;  
 Duros en el trabajo i sufridores  
 De fríos mortales, hambres i calores.»

(Canto I).

Cuando Don García emprendió su espedicion a las rejio-  
 nes australes cruzó el territorio de los *cuncos*. Hallándose  
 entre la actual ciudad de Osorno i el lago de Llanquihue  
 saliéronle diez de estos indios al encuentro:

«Del aire, de la lluvia, i sol curtidos,  
 Cubiertos de un espeso i largo velo,  
 Pañetes cortos, de cordel ceñidos,  
 Altos de pecho, i de fornido cuello:  
 La color i los ojos encendidos,  
 Las uñas sin cortar, largo el cabello,  
 Brutos campestres, rústicos, salvajes,  
 De fieras cataduras i visajes.»

(Canto XXXV).

Prosiguiendo la jornada llegaron al sur de Reloncaví:

«Donde un gracioso mozo bien dispuesto,  
 « Con hasta quince en número venia,  
 « Crespo de pelo negro, i blanco jesto,  
 « Que el principal de todos parecia:  
 «El cual con grave término modesto,  
 « Junta nuestra esparcida compañía  
 « Nos saludó cortes, i alegremente  
 « Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

.....

- «Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje  
 « Del gallardo mancebo floreciente,  
 « El espedido término, i lenguaje,  
 « Con que así nos habló bizarramente:  
 « El franco ofrecimiento i hospedaje,  
 « La buena traza i talle de la jente,  
 « Blanca, dispuesta en proporcion fornida  
 « De manto i floja túnica vestida.»  
 «La cabeza cubierta i adornada  
 « Con un capeló en punta rematado,  
 « Pendiente atras la punta, i derribada  
 « A las ceñidas sienes ajustado:  
 « De fina lana de vellon rizada  
 « I el rizo de colores variados,  
 « Que lozano i vistoso parecia  
 « Señal de ser el clima i tierra fria.»

Como se ve, Ercilla retrata indios de diverso aspecto físico, indumentaria, costumbres i cultura. No podríamos seguir copiando cuantas estrofas atañan a esta materia, pero quedan, sin embargo, otras tres cuya omision no seria cuerda, pues señalan las diferencias esenciales de algunos de estos pueblos. Iniciada la batalla de Mataquito:

- «*En oyendo los indios extranjeros,*  
 « Que con Lautaro estaban recojidos  
 « El súbito rumor, salen lijeros  
 « Del miedo, sobresalto apercebidos:  
 « Mas sintiendo los golpes carniceros:  
 « El ánimo turbado i los sentidos,  
 « Con atentas orejas escuchaban  
 « Adonde con menor rigor sonaban.»

I luego, «como tímidos gamos» huyeron presas de pánico.

- «Pero aquellos que nunca el miedo pudo  
 « Hacerlos con peligros de su bando,  
 « Poniendo osado pecho por escudo  
 « Están la antigua riña averiguando:  
 « La desnuda cabeza del agudo  
 « Cuchillo no se ve estar rehusando,  
 « Ni rehusa la espada la siniestra  
 « Ejercitando el uso de la diestra.»

Habría, pues, entre estos últimos, los araucanos que pelearon hasta quedar todos muertos en el campo i los primeros una diferencia notable en cuanto al valor.

En una revista de un ejército, desfilan ante Caupolican los caciques de diferentes parcialidades i rejiones congregados al llamado de jefe. Pasó a su turno Talcaguano, i

- «Venía tras el Tomé, que sus pisadas  
 « Seguían los Puelches jente banderizas,  
 « Cuyas armas son puntas enhastadas,  
 « De una gran braza, largas, i rollizas,  
 « I los Trulos también que usan espadas  
 « De fé mudable, i casas movedizas,  
 « Hombres de poco efeto, alharaquientos  
 « De fuerza grande, i chicos pensamientos.»

I luego agrega en una nota esplicativa acerca de los *puelches*: se llaman (dice), los indios de la sierra, que son fortísimos i lijeros, aunque de ménos entendimiento que los otros.

En el elogio de Ercilla, escrito por el Licenciado Cristóbal Mosquera de Figueroa, se hace de nuevo mencion especial de varios de esos pueblos como entidades diferentes por su cultura: se habla allí de «los incultos i lijeros Puelches usados a las armas en el rigor del invierno»; de los indómitos i



robustos araucanos»; de «la fama de los Mapochotes constantes en defender sus leyes» i de «los dispuestos Promaucaes, diestros en arrojar la flecha».

Por cierto que tales noticias las obtuvo el licenciado Mosquera de Figueroa del propio Ercilla, i si hubiesen llegado a sus oídos por otro conducto, sería un poderoso argumento para demostrar que entónces se admitía la existencia de diferentes agrupaciones indígenas en Chile, con rasgos étnicos i culturales diversos.

Ello es además indudable al presente, si bien es difícil o imposible determinar el número exacto de esos pueblos i la mayor o menor influencia de unos sobre los otros, problemas que se confunde con el oríjen de los habitantes del Nuevo Mundo i de las sucesivas civilizaciones que hasta ahora se han comprobado.

No nos parece, por tanto, difícil que el etnólogo llegue a encontrar en los datos suministrados en *La Araucana* algunos que puedan completar o fijar el valor de otros recojidos en otras fuentes de investigación.

\* \* \*

Según el señor don Tomas Guevara no es exacta la afirmación de Ercilla de que las mujeres tomaban parte activa en la guerra. La razón fundamental de esta opinión consiste en que los indios para prepararse mejor practicaban el *tabú*, costumbre que consistía en privarse de ciertos alimentos i en abstenerse de la mujer.

ifícilmente podría invocarse un testimonio más elocuente en pro de la raza araucana i en contra de las propias opiniones sustentadas por el señor Guevara en ese estudio que la existencia de tal costumbre. En efecto, el pueblo araucano al cual «*las funciones nutritivas i jenésicas dominaban por*

*completo en la vida material i efectiva»* (1) habría podido desarrollar una energía moral capaz de ahogar sus violentas pasiones para entregarse de lleno a los afanes de la guerra. ¡Qué esfuerzo mas grandioso en un pueblo bárbaro i «*que se hallaba dominado por las funciones de sus centros sexuales!*» (2).

Tal fenómeno seria tanto mas sorprendente cuanto que hoy, en pleno siglo XX, i con la férrea disciplina de los ejércitos modernos de la civilizada Europa no son los muros de los monasterios suficientes reparos a los desmanes de la soldadesca victoriosa.

¿Habrian sido los araucanos los predestinados para dar al mundo un ejemplo tan hermoso?

Qué prodigio de organizacion i disciplina no habia conseguido Lautaro si, cuando en su campaña contra la capital sus huestes, que entraron a sangre i fuego en las tierras de los indios que se negaron a seguir sus banderas, devastando, cometiendo todo jénero de depredaciones, matando i mutilando a los infelices indíjenas que caian en sus manos, hubiesen practicado el *tabú*, refrenando las pasiones sexuales que les dominaban, para respetar a las trescientas mujeres que cautivaron en esas correrías i que llevaban consigo.

I nótese que, como lo sienta tambien el señor Guevara, «Arrebatat mujeres prisioneras i llevarlas a la vivienda del captor, era el botin maspreciado que podia hacerse».

¡Qué nocion mas profunda del deber, qué lucha mas portentosa entre las pasiones, qué extraordinaria energía moral no habrian revelado esos hombres escojidos por su robustez i su valor para salir triunfantes de tan larga i difícil prueba!

Pero dejando el camino de las reflexiones abstractas, se puede demostrar documentalmente que el señor Guevara se paralojizó al dar a sus afirmaciones un alcance que talvez él mismo no pretendió, ni les ha podido conceder.

Tocante al *tabú*, ello nos parece evidente comparando sus

(1 i 2) GUEVARA (T.), *Folklore Araucano*, pájs. 174 i 175.

palabras con el texto de las fuentes a que se remite. Dice al respecto el señor Guevara:

«Antes de la movilización, los indicados en cada grupo para acompañar a su cacique se adiestraban en ejercicios gimnásticos i de las armas. La mujer i algunos alimentos eran entonces *tabú* o estaban vedados (ROSALES, *Historia*; NÚÑEZ DE PINEDA, BASCUÑAN, *Cautiverio Feliz*) (1).

Pineda i Bascuñan, cautivo de los indios en 1629, vió que un moceton se separó de su mujer desde el día en que recibió la órden de prepararse para ir a la guerra.

Preguntó a su amigo, el viejo cacique Quilalebo la causa de esa estraña conducta, i le respondió el cacique: «que era costumbre antigua entre los suyos, siempre que salian a jornada los soldados, no dormir con las mujeres, principalmente los que eran capitanes i caudillos en sus regües, a cuyo cargo iban los que de ellos salian para las facciones de guerra» (2).

Interrogado por Bascuñan sobre el oríjen de esa costumbre, agregó el cacique:

«Habeis de saber, Pichi Alvaro amigo, que en los tiempos pasados (mas que en los presentes) se usaban en todas nuestras parcialidades unos *huecubuyes*, que llamaban *renis*, como entre vosotros los sacerdotes; éstos andaban vestidos de unas mantas largas, con los cabellos largos, i los que no los tenían los traían postizos de cochayuyo o de otros jéneros para diferenciarse de los demas indios naturales; éstos acostumbraban estar separados del concurso de las jentes, i por tiempo no ser comunicados, i en diversas montañas divididos, adonde tenían unas cuevas lóbregas en que consultaban al pillan (que es el demonio), a quien conocen por Dios los hechiceros i endemoniados machis (que son médicos). Estos, como os he dicho, por tiempos señalados estaban sin comunicar mujeres

(1) *Folklore Araucano*, páj. 176.

(2) *El Cautiverio Feliz*, páj. 361.

ni cohabitar con ellas; sacaron con esta costumbre i alcanzaron con la esperiencia, que se hallaba con mas vigor i fuerzas el que se abstenia de llegar i tratar con ellas, i de aquí se orijinó, habiendo de salir a la guerra el que es soldado, esta costumbre i lei entre nosotros por consejo i parecer de estos nuestros sacerdotes; i como el sustento que llevaban a estas facciones militares es sólo una taleguilla de harina tostada, por no embarazarse con mas carruajes ni cargas (como los españoles hacen), a pocos dias quedarian totalmente sin vigor ni fuerzas si las llevaran gastadas, porque no hai cosa que mas las minore i menoscabe que la cohabitacion de las mujeres. I esta es la causa porque mi camarada, luego que fué avisado de la entrada que se hacia a tierra de los españoles, apartó cama i se escusó de dormir con la mujer; con que ós habré dado gusto i satisfecho a vuestra duda.» (1)

De los párrafos trascritos se desprende:

1.º Que existe un caso de abstencion de la mujer, con fines guerreros, en el primer tercio del siglo XVII, suponiendo exacta la esplicacion del cacique i dando a la palabra de Pineda i Bascuñan el crédito que merece.

2.º Que, segun el cacique Quilalebo, esa era una costumbre i lei entre los suyos impuesta por la esperiencia.

Este espíritu de observacion en un pueblo de baja cultura, el aprovechamiento de sus benéficos consejos con el sacrificio individual i en pro de la comunidad, es algo que hablaría mui alto en favor de las dotes de ese pueblo.

Pero ni la palabra del cacique ni el caso singular referido por Pineda i Bascuñan bastan en manera alguna para estender a todo un pueblo una costumbre que seguian «principalmente los capitanes i caudillos». Al contrario, de la propia version de Bascuñan se desprende que tal costumbre distaba mucho de hallarse jeneralizada, cuando «tan confuso i suspenso me quedé ante lo que oia de boca del cacique Quila-

(1) *El Cautiverio Feliz*, pájs. 361 i 362.

lebo». Si el *tabú* hubiese sido jeneralmente practicado por los indios, ¿habrian podido ignorarlo los españoles en íntimo contacto con los araucanos durante ochenta años o mas? ¿I lo habria ignorado Bascuñan, hijo del maestre de campo jeneral Alvaro de Pineda i Bascuñan, envejecido en las guerras de Arauco i en las cuales él mismo habia militado?

Ademas no se halla memoria en otro autor antiguo de semejante práctica. El Padre Rosales, citado como fuente de informacion, nada dice al respecto. A lo ménos no hemos encontrado en ese autor sino el párrafo que trascribimos i que se refiere a los preparativos de los indios para estar mas aptos para guerrear. Dice así:

«Aquí en el Lepun o plaza de armas beben alguna chicha, i de propósito ha de ser poca, porque desde entónces que pasan muestra van determinados a no volver a sus casas ni al regalo de ellas, i a hacerse a la hambre i a enflaquecerse para estar lijeros, para marchar i pelear.»

«Para ajilitarse i disponerse mejor para la guerra suelen... (1) i los ocho días ejercitando las fuerzas con varias pruebas, haciéndose al hambre i a comer poco para el viaje, porque de suyo son buenos comedores i bebedores, i la presuncion i deseo de señalarse en la guerra los obliga a abstenerse i adelgazar lo que han engordado en la paz» (2).

Nada dice, pues, el P. Rosales acerca de la abstencion de la mujer, que sólo puede inferirse de la determinacion «de no volver a sus casas ni al regalo de ellas». Raro seria que el P. Rosales omitiese un detalle tan a propósito para ser utilizado con fines religiosos i tanto mas cuanto que no puede atribuirse a olvido. En efecto, el mismo autor habia redactado ántes esa parte de su historia en forma mas breve pero talvez mas precisa en este caso: «Previénense, dice, para la guerra ejercitándose días ántes en pruebas de fuerzas, en comer

(1) Falta una palabra a causa de una rotura del manuscrito orijinal.

(2) ROSALES (P. Diego de) *Historia Jeneral de el Reino de Chile*, tomo I, pájs. 114 i 115.

poco, hacerse a la hambre, correr, saltar, arrojarse al suelo i levantarse con suma lijereza, despreciar la muerte: tambien enflaquecen los caballos. . . » (1).

Como se ve tampoco alude a abstenciones jenésicas.

La inclusion de la mujer en el *tabú* araucano no descansa por tanto sino en el caso singular presenciado en 1629 por Pineda i Bascuñan i en la esplicacion que al respecto le dió el cacique Quilalebo. Las informaciones recojidas personalmente por el señor Guevara son demasiado modernas para comprobar la existencia de los mismos hechos en el siglo XVI i aun Pineda i Bascuñan i el Padre Rosales, no son suficiente base para refutar a Ercilla ya que ellos escribieron sus obras un siglo mas tarde.

En contra de la existencia de esa forma de *tabú* recordaremos dos testimonios de contemporáneos de Ercilla. Gabriel de Villagra, capitan de infantería en la batalla de Mataquito, declarando en el proceso de Francisco de Villagra en 1558 i cuando Ercilla se hallaba todavía en Chile, sobre las dotes guerreras de Lautaro decia: «que oyó decir a dos mujeres que allí se le tomaron en la batalla que le dió i a otros indios que dicho Lautaro habia sido el principal en la muerte del dicho don Pedro de Valdivia, e jeneral en la batalla que se dió al dicho Francisco de Villagra, cuando fué desbaratado en Arauco, e que fué jeneral en la segunda vez que se despobló Concepción» (2).

Nada dice Villagra sobre los móviles que guiaba a esas dos mujeres, tan bien informadas de la vida pasada de Lautaro, para seguirle en sus campañas a sesenta o mas leguas de su tierra; pero, pues eran suyas i a él se le tomaron, no es aventurado sospechar que Lautaro, el jefe mas riguroso de los

---

(1) Manuscritos orijinales de la Historia del Padre Rosales, que se guardan en la Biblioteca Nacional i forman el volúmen 306 del Archivo Vicuña Mackenna.

(2) MEDINA (J. T.) *Docs. Inédts.*, tomo XXI, páj. 558.

araucanos, i un jenio militar en cualquier época, no se privaba de sus mujeres ni aun en campaña: difícilmente hubiera procedido así, si con ello hubiere quebrantado las costumbres o leyes vijentes en su patria.

Cualquiera que sea la importancia del hecho apuntado tiene mucho mayor valor si se le relaciona con el testimonio de otro testigo, el Licenciado Juan de Herrera que en los años de 1561 a 1564 fué teniente jeneral de Chile, militó contra los araucanos, los procesó como rebeldes, investigando su conducta i acusándoles de cuantos delitos pudo formular en su contra.

Debia, por tanto, estar al cabo de sus costumbres. Pues bien, refiriéndolas en un informe elevado al Virrey del Perú en 1570 mas o ménos, dice:

«*En la guerra andan mujeres del partido, que ganan como mujeres enamoradas: no quiero tratar de muchas otras particularidades que tienen por no ser este el principal intento para que V. md. me mandó diese esta memoria*» (1).

¿Seria cosa *tabuada* la mujer para el guerrero araucano, cuando andaban a la guerra ganando como meretrices? I el Licenciado Herrera firmante de ese documento oficial llegó a Chile a los tres años de la partida de don Alonso de Ercilla.

En resumen, no dudamos de que aisladamente i como mero acto voluntario algunos araucanos del siglo XVI, se abstuvieron de la mujer, cuando debian salir a campaña; ignoramos si tal costumbre se jeneralizó en los siglos posteriores; pero sí estamos ciertos de que no lo estaba en el siglo XVI, porque ni habria podido permanecer ignorada, ni la habrian silenciado todos los cronistas de la época.

\* \* \*

Ercilla afirma de un modo categórico la participacion de las mujeres en la guerra. «I es tanta la falta de jente, dice

(1) *Historiadores de Chile*, tomo II, páj. 251.

en el Prólogo de su obra, por la mucha que ha muerto en esta demanda que para hacer mas cuerpo, i henchir los escuadrones, *viene tambien las mujeres a la guerra*, i peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo a la muerte.»

En las estrofas 3 a 8 del canto X refiere la participacion que les cupo a las mujeres araucanas en la persecucion de los fujitivos de la arruinada Concepcion en Diciembre de 1555.

«Llamábase infelice la postrera,  
Que con ruegos al cielo se volvia,  
Porque a tal coyuntura en la carrera,  
Mover mas presto el paso no podia:  
Si las mujeres van desta manera,  
La bárbara canalla cuál iria,  
*De aquí tuvo principio en esta tierra*  
*Venir tambien mujeres a la guerra.*

(Canto X, estr. 6).

El señor Guevara en su obra *Folklore Araucano*, capítulo V, *Elementos estraños al araucano en el poema de Ercilla*, niega rotundamente tal participacion a la mujer.

«*Nunca acompañaban*, dice en la página 171, *las mujeres a los espedicionarios*. En casos escepcionales, cuando peleaban los maridos cerca de las viviendas solian llevarles comida i chicha en la época de la conquista (Cronistas antiguos).»

La vaguedad de la cita de las fuentes de informacion no nos permiten conocer el verdadero valor de los autores a que se remite, ni hemos tenido la suerte de encontrar al que pudo servir de base i que poco fidedigno o mal informado indujo en error al señor Guevara.

Sin embargo, hai noticias suficientes para probar la presencia de las mujeres en la guerra i aun de su participacion en los campos de batalla.



Prescindiendo de Ercilla cuyas categóricas afirmaciones, quedan trascritas, otro cronista, tanto o más fidedigno, el capitán Alonso de Góngora Marmolejo, sienta igual cosa al relatar la batalla de la cuesta de Villagra, librada en Febrero de 1554. Entre otras disposiciones acordaron los indios «que a un principal del valle llamado Llanganabal *juntase todas las mujeres* i muchachos con varas largas a manera de lanzas i se representase con ellos en una loma poco apartada de los cristianos, una quebrada en medio, que no los pudiesen reconocer, i que cuando comenzasen a pelear hiciesen muestra caminando que les iban a tomar las espaldas: que sería grande ayuda para desanimarlos» (1).

Más adelante el mismo cronista da cuenta del resultado de esta estratagemata. «Después de haberles cansado los caballos por el mucho tiempo que habían peleado, Llanganabal, *capitán de las mujeres i muchachos*, comenzó a caminar haciendo muestra que iba a tomalle las espaldas. Villagra se recojió a su artillería i mandó les tirasen algunas pelotas entretanto que se adelantaban los caballos: i conociendo que el escuadrón que estaba de la otra parte de la quebrada iba caminando a sus espaldas, que era el camino que con el campo había traído, entró en consejo de guerra tratando qué se podría hacer para no perderse. Estando en esta plática con algunos hombres principales, los indios se sentaron i descansaron *comiendo de lo que allí les traían sus mujeres*» (2).

Según Góngora Marmolejo en esa ocasión las mujeres desempeñaron un doble papel: mientras unas atendían a lo que llamaremos el rancho del ejército, otras ejercían funciones de carácter netamente guerrero, simulando un cuerpo de ejército en operaciones. Este cronista, que durante veinticinco años participó o siguió tan de cerca la guerra de Arauco, no sólo creía en la participación de la mujer sino

(1) *Historiadores de Chile*, tomo II, pág. 46.

(2) » » » » » » 48.

que anticipa en casi dos años la fecha en que segun Ercilla habrian figurado por vez primera en una batalla.

Diez años mas tarde en Enero de 1564 fué derrotado el capitán Juan Pérez de Zurita cerca de Concepcion i hubo de llegar hasta Santiago en busca de socorro. En carta dirigida al Cabildo de la capital pintaba Pérez de Zurita la crítica situacion del Gobernador, sitiado en Concepcion:

«La tierra está en punto de ser perdida; el Gobernador i toda la jente de aquella ciudad está en gran riesgo i peligro, como el capitán Diego de Carranza informará a Vuestras Mercedes; i si el socorro no lo tienen de Dios i de Vuesa Mercedes, temo se pierdan i aun lo creo, *porque toda la tierra está sobre ellos, así los del Estado como los de los cerros, i conjurados todos de no alzar el cerco hasta haber rendido aquel pueblo o ser ellos vencidos: todas las mujeres e hijos tienen consigo para que los ayuden a sustentarse, cójenles las comidas a los de la Concepcion.*» (1)

Sabido es que el Estado era la provincia de Arauco i los indios de los cerros, eran los puelches o serranos i, pues, unos i otros habian traído consigo todas sus mujeres, forzoso es convenir que éstas les acompañaban harto léjos de sus viviendas.

Sin pretender haber agotado las fuentes de informacion, hemos pedido exhibir cuatro testimonios que prueban la presencia de las mujeres en la guerra i en ocasiones a larga distancia de sus hogares. De ellos resulta:

1.º Que las mujeres habrian tomado parte activa en la batalla de Marigüeñu en Febrero de 1554, segun el testimonio del cronista Góngora Marmolejo.

2.º Que Lautaro tenia consigo por lo ménos dos mujeres cuando le mataron en la batalla de Mataquito en 1557, segun Gabriel de Villagra, capitán entónces i teniente jeneral de Chile años mas tarde.

---

(1) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, tomo XXIX, páj. 355.

3.º Que asimismo acompañaban a los araucanos mujeres enamoradas o meretrices, en los años de 1561 a 1564, según afirma el Licenciado Juan de Herrera, teniente jeneral del reino en esos años; i

4.º Que asimismo acompañaron las mujeres a los indios de Arauco i de los cerros (puelches) cuando sitiaron a Concepcion en 1564, como lo comunicó al Cabildo de Santiago el capitán Juan Pérez de Zurita.

¿Por qué habria de suponerse que Ercilla faltó a la verdad cuando asimismo hace intervenir a las mujeres en la destruccion de Concepcion en 1555?

\* \* \*

En unas doce páginas describe el señor Guevara la psicología del araucano de la conquista. Por demás interesante, el tema habria sido mui útil para el estudio de *La Araucana*, si el autor no hubiere omitido las referencias i comprobantes de sus afirmaciones. Aunque ello obedeceria al propósito de conseguir la mayor concision posible, nos parece que cometió un yerro lamentable, pues el lector se halla casi del todo imposibilitado para distinguir las noticias tomadas de otros autores de las recojidas por el señor Guevara o que reflejan su opinion personal.

Por nuestra parte, aunque no estemos de acuerdo en algunas de las opiniones sustentadas allí, creemos preferible limitarnos a esponer someramente algunas razones que desvirtúan el valor de ciertas objeciones formuladas por el señor Guevara en contra de la veracidad de *La Araucana*.

La inclusion de todas las escenas en que intervienen mujeres en el número de los *tipos i episodios imaginarios* nace sin duda de la profunda conviccion del señor Guevara de que la mujer era ajena a los afanes de la guerra, premisa que dista mucho de ser indiscutible.

Analizando cada caso en particular, comienza el señor Guevara por negar la posibilidad del diálogo entre Guacolda i Lautaro. Razones: 1.<sup>a</sup> La mujer no seguía al hombre en sus escursiones bélicas, i ménos a gran distancia de su residencia; i 2.<sup>a</sup> porque «la mujer pasaba a ser cosa tabuada o vedada.»

Queda ya dicho que Lautaro llevaba consigo por lo ménos dos mujeres, con lo cual se desvanece por completo el primer argumento, i aun no creemos pecar de maliciosos si dudamos de que para Lautaro se contase la mujer entre las cosas vedadas en tiempo de guerra.

En cambio, a favor de que el episodio no es del todo imaginario, existe un detalle curioso i que ya hemos recordado en otro lugar: Guacolda por cruel presentimiento insta a Lautaro para que se vista sus armas.

«Estaba el Araucano despojado  
Del vestido de Marte embarazoso,  
Que aquella noche sola el duro hado  
Le dió aparejo i gana de reposo:

.....

(Canto XIII, estr. 44).

Aflijida mas i mas suplica a Lautaro:

.....  
«Que a lo ménos me deis este contento.  
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,  
I es que os vistais las armas prestamente  
I al muro asista en orden vuestra jente.»

(Canto XIII, estr. 53).

El altivo araucano despreció el consejo.

Pues bien, un vecino de Santiago, Alonso de Escobar, declaró en 1558—el mismo año que escribía Ercilla—que «Lau-

*taro se había quitado aquella noche unas coracinas que tenía, según dijeron los indios» (1).*

Niega también el señor Guevara la escena emocionante en que Fresia arroja su hijo a los pies de Caupolicán. «Fresia, dice, habla académicamente i procede como espartana i no como india. La condición de la mujer es deprimente. Su papel se circunscribe a vivir de instrumento de placer i de trabajo» (2).

Continúa disertando sobre la condición de la mujer araucana, dando por establecido precisamente lo que mas demostración requiere, a saber: cual era la psicología de la mujer araucana del siglo XVI. Pero concediendo que en jeneral sean fundadas todas las razones aducidas, ¿cuál es la imposibilidad absoluta que existe para que de un pueblo en que surgió Lautaro, no hubiere sido capaz de producir una Fresia?

Otro argumento aducido también, es de tan poca entidad que casi no valdria la pena mencionarlo: «La audacia de Fresia le habria acarreado la venganza inmediata i terrible de los deudos de su marido. Siguiéron éstos viviendo, en efecto, en Pilmaiquén hasta despues de la pacificación definitiva de la Araucanía». O está incompleto el pensamiento o es mui pobre el argumento: los parientes de Caupolicán siguiéron viviendo en Pilmaiquén, luego es falso que Fresia arrojara su hijo a los pies de Caupolicán; ¿i por qué motivo no hubieran podido vivir en Pilmaiquén? ¿Habian sido esterminados o desterrados si se hubiesen vengado de Fresia? ¿Se conoce alguna noticia posterior de Fresia que permita asegurar que no fué víctima de la venganza de los parientes de su marido?

\* \* \*

Ya nos hemos ocupado al comenzar este estudio de Tegalda i Glaura, estimadas como imaginarias por el señor

(1) MEDINA (J. T.) *Docs. Inédts.*, tomo XXII, páj. 533.

(2) GUEVARA (T.) *Folklore Araucano*, páj. 184.

Guevara; también se ha discutido estensamente la personalidad de Caupolicán i nada nuevo podríamos agregar sobre los discursos araucanos, asimismo impugnados como impropios de ellos, i creemos haber demostrado cuan injusto es el cargo formulado a Ercilla de haber usado como personales nombres jeográficos u otros que no eran araucanos. Sería por tanto redundancia volver sobre estas materias aun cuando aparezcan reunidas en el capítulo dedicado a *La Araucana* por el señor Guevara en su obra ya citada.

Contiene, sin embargo, ese estudio algunas otras observaciones infundadas, o por lo ménos basadas en razones discutibles, siendo igualmente aventurado sostener la exactitud de las afirmaciones de Ercilla como negarlas en absoluto.

Así por ejemplo dice el señor Guevara:

«En varios pasajes habla (Ercilla) del hierro de las lanzas i de las espadas que usaban los indios, armas que todavía no habían adoptado. Aunque no conformes con la realidad, este anacronismo i muchos otros valen como simples licencias de versificación» (1).

Ercilla escribía en los años de 1557 i 1558. Ahora bien, el cronista Góngora Marmolejo refiere que cuando los indios de la encomienda de Francisco de Villagra supieron la muerte de Valdivia en Tucapel (Diciembre 25 de 1553) se sublevaron «i de los almocafres con que sacaban le hicieron hierros de lanza I TODA LA PROVINCIA HIZO LO MISMO» (2).

Es verdad que Ercilla supone que los indios usaban ya el hierro en la misma batalla de Tucapel; pero tampoco es imposible la veracidad de tal aserto porque los indios de Francisco de Villagra se sublevaron por vez primera tres o cuatro meses ántes de la muerte de Valdivia (3) de manera que la utilizacion del hierro en sus lanzas pudo ser anterior a la muerte de Valdivia.

(1) *Folklore Araucano*, páj. 200.

(2) *Historiadores de Chile*, tomo II, páj. 47.

(3) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, tomo XXI, páj. 529. Declaracion de Martín Hernández.

Existe además testimonios de que ya entonces empleaban los indios armas de metal. Cuando por Setiembre de 1553 dieron muerte a Alonso de Moya, caudillo del fuerte de la isla de Pucureo, fué a castigar a los indios Francisco de Villagra; fingieron éstos someterse i en secreto se complotaron para matar a Villagra. Uno de los testigos presenciales, Pedro de Castro, refiriendo estos sucesos cinco años mas tarde, decia que los indios «vinieron cautelosamente con armas secretas, trayéndolas entre la yerba i la leña que traian *i entre las camisetas i la carne* HACHAS DE COBRE i pedreñas» (1); descubierto el plan «los mas culpados de ellos sacaron las hachas i las demas armas que traian entre las camisetas i las carnes i hubo cacique entre ellos que arremetió al dicho mariscal, que, a no estar prevenido como estaba le mataran con un hacha» (2). Castro es el único que como testigo ocular menciona las hachas de cobre, pero otros dos corroboran su declaracion: Cristóbal Rodríguez dice que los indios fueron «con armas secretas entre las camisetas i las carnes con intencion de matar al dicho Francisco de Villagra» (3) i Juan Bautista Maturana que «llevaron armas escondidas para matarle» (4).

¿En qué se basa el señor Guevara para sostener que cuando escribió Ercilla «no se habian adoptado»? Talvez quiso referirse únicamente a las espadas, pero aun así preguntamos nosotros ¿seria creible que los indios que de los almocafres hicieron astas de lanzas, no aprovecharan las espadas tomadas a los españoles en las derrotas de Tucapel, Marihueñu i en la destruccion de Concepcion, cuando se dieron trazas para manejar las armas de fuego i hasta las piezas de artillería que entonces cayeron en sus manos?»

Es indudable, en cambio, la razon que le asiste al señor Guevara cuando opina que «en la categoría de licencias poé-

(1 i 2) MEDINA (J. T.), *Docs. Inédts.*, tomo XXII, pájs. 612 i 613.

(3 i 4) » » » » » » pájs. 388 i 416.

ticas hai que colocar los términos cultos i mitológicos que emplean los personajes araucanos». Pero talvez va demasiado léjos cuando agrega: «A veces los indios blasfeman del cielo i del infierno, *conceptos de que carecian entónces por completo*».

Una gran cantidad, la mayor parte de los indios se hallarian todavia en 1557 ignorantes de tales conceptos, pero otros muchos habian sido bautizados e instruidos en la doctrina cristiana. La primera obligacion impuesta al encomendero era la de doctrinar a sus indios, i por mas negligencia que se suponga en algunos, es imposible conceder en una colectividad eminentemente relijiosa que todos sus miembros olvidasen el cumplimiento de tal deber; los mercedarios Correa, Sarmiento Rendon i varios eclesiásticos habian misionado entre los indios i aun en el caso de que permaneciesen todos infieles no podria afirmarse que ignoraban por completo la concepcion cristiana del cielo i del infierno. I como los indios acostumbraban insultar i burlarse del enemigo, es muy verosímil que tambien se mofasen de las ideas relijiosas de los españoles, lo que para éstos constituirian atroces blasfemias.

Otro reproche dirige a Ercilla el señor Guevara por haber atribuido el desbande de las huestes araucanas que marchaban sobre la Imperial a un milagro i no al efecto natural del temor supersticioso que esparció en ellas una repentina tempestad. «Ignorando u olvidando el poeta, dice el señor Guevara, que la direccion de estos fenómenos climatéricos decidian de ordinario la continuacion o el abandono de una empresa guerrera, atribuye el desbande a la aparicion de la Virgen, la cual incita a los rebeldes araucanos a volver a sus tierras, en un lenguaje incomprendible para ellos» (1).

Sin negar que el señor Guevara pueda tener razon al mostrar en las creencias supersticiosas del araucano el oríjen de su conducta en esa ocasion, conviene recordar que no era solo

---

(1) *Folklore Araucano*, páj. 201.



Ercilla, sino todos sus contemporáneos, los que sujestionados por sus arraigadas ideas religiosas se inclinaban a ver milagros por doquiera; i no es tampoco esa ocasion la única en que los indios para cohonestar su conducta i explicar sus reveses suponian la presencia de un guerrero misterioso entre los españoles, la aparicion de una mujer de extraordinaria belleza o algun otro suceso portentoso que para los españoles eran señales patentes de la intervencion divina.

Nada tendria, pues de estraño que Ercilla se hubiese calificado de milagroso un suceso cualquiera: habria obedecido a las creencias imperantes en su época. Pero en el caso singular impugnado por el señor Guevara, Ercilla procedió de diversa manera, pues comienza su relato en esta forma:

*«En contar una cosa estoi dudoso,  
Que soi de poner dudas enemigo,  
I es un estraño caso milagroso,  
Que fué todo un ejército testigo:  
Aunque soi en esto escrupuloso  
Por lo que dello arriba señor digo,  
No dejase en efeto de contarlo,  
Pues los indios no dejan de afirmarlo.»*

(Canto IX, estr. 4).

No hemos podido hallar el motivo que puso el señor Guevara para afirmar que Ercilla inventaba i no referia fielmente lo que entónces se decia o se creia jeneralmente, como él lo asegura al Rei don Felipe II, a quien se dirige.

*«Héme, señor, de muchos informado,  
Porque con mas autoridad se cuente,  
A veintitres de Abril, que hoi es mediado,  
Hará cuatro años cierta i justamente*

*Que el caso milagroso aquí contado  
Aconteció, un ejército presente,  
Año de mil quinientos i cincuenta  
I cuatro sobre mil por cierta cuenta.»*

(Canto IX, estr. 18).

El derecho de prestar o no fé a la palabra de un autor es indiscutible, pero no es lícito desmentirle gratuitamente. ¿Por qué, pues, atribuir a Ercilla lo que él espresamente refiere como de cosecha ajena?

Anota el señor Guevara, mas adelante, que Ercilla exajeró la figura de Caupolican, pero nos parece que introduce una confusion lamentable entre las facultades ordinarias de un cacique i las del mismo designado jefe del ejército araucano cuando escribe: «El poder de un cacique se hallaba siempre contrapesado por el de los demas. Pasó inadvertida esta circunstancia de organizacion social para Ercilla el cual dió en su poema proporciones exajeradas al dominio de Caupolican, sobre todos los jefe de uno i otro lado de la sierra de la costa.»

Prescindiendo de Caupolican, de cuya importancia creemos estar de acuerdo con el señor Guevara, preguntamos ¿cómo podrian equipararse con las simples atribuciones de un cacique el poder omnímodo de Lautaro durante los años que dirijió la guerra de Arauco? I, sin embargo, ni siquiera consta que fuera cacique. ¿No inducirá por tanto a error el deducir de la autoridad de un cacique en tiempo de paz sus atribuciones como jefe militar en tiempo de guerra?

Ademas, al sentar el señor Guevara que para Ercilla «pasó inadvertida esta circunstancia de organizacion social» de los araucanos se olvidó de cuanto a ese respecto escribe el autor de *La Araucana* en el canto I, del cual trascribimos sólo dos estrofas:

*«De dieciseis caciques i señores  
Es el soberbio estado poseido,*

En militar estudio los mejores  
 Que de bárbaras madres han nacido:  
 Reparo de su patria, i defensores,  
*Ninguno en el gobierno preferido;*  
 Otros caciques hai, mas por valientes  
 Son estos en mandar los preeminentes».

(Canto I, estr. 13).

Esta estrofa es testimonio irrecusable de que Ercilla conoció lo suficiente el sistema del pueblo araucano. I no estará de mas añadir que todavía en el canto II fija el número de indios sujetos a cada uno de esos caciques.

Al contrario, conocía mui bien la autoridad de los caciques, i por eso al tratar de los cargos militares señala las diferencias esenciales de éstos:

«Los cargos de la guerra i preeminencia  
*No son por flacos medios proveidos,*  
*Ni van por calidad, ni por herencia*  
*Ni por hacienda o ser mejor nacidos:*  
 Mas la virtud del brazo i la excelencia  
 Esta hace los hombres preferidos;  
 Esta ilustra, habilita, perfecciona  
 I quilata el valor de la persona.»

Eran, en suma, enteramente diversos en su oríjen con la autoridad hereditaria de los caciques.

Aunque indirectamente parece poner en duda el señor Guevara la existencia de lances personales entre los araucanos. «El desarrollo, dice, de los lances personales que abundan en sus descripciones, se esplica por la afición del pueblo español a los alardes de valentía caballeresca, o lo tanto vale a los duelos, cuchilladas i pendencias».

Compartimos con el señor Guevara esta opinion siempre que ella no signifique la negacion total de esos lances entre los araucanos, porque como ya hemos dicho en otro capítulo por lo ménos el reto de Caupolican a don García, referido por Ercilla en el canto XXV, está comprobado con el propio testimonio del mencionado Gobernador: «me envió a decir, escribe don García, que aunque fuere con tres indios me habia de matar, y aun desafiándome en forma como si fuera hombre de gran punto» (1). Ni es probable que Caupolican fuera el primero que intentase tales lances, ni fué el único porque la historia anota otros desarrollados entre indios i españoles. Quedaria por averiguar si eran tan frecuentes entre los indijenas como se desprende de *La Araucana*.

No podríamos seguir al señor Guevara en otras elucubraciones sobre la psicología del araucano del siglo XVI, mas abstractas o mas largas i difíciles de dilucidar; pero lo que hemos espuesto nos parece suficiente para sostener que la obra de Ercilla no carece de valor para el estudio de la etnografía i psicología de los aborijenes de Chile, sin que ello signifique que no carezca de pormenores erróneos, ni ménos que deban aceptarse sin reservas observaciones i datos suministrados por un autor, mui fidedigno, pero con deficiente conocimientos en esa ciencia.

En cambio conviene recordar que algunas de las noticias etnológicas de *La Araucana* son las mas antiguas en su jénero i fueron recojidas personalmente por el autor hacen ya trescientos sesenta años i nos parece un precioso tesoro para el etnólogo saber lo que vió i oyó un hombre de la cultura i calidad de Ercilla. Por este motivo disintiendo de la opinion del señor Guevara creemos que el poema de Ercilla, i sobre todo el canto I, ha de ser provechoso para el estudio de los aborijenes de Chile.

(Continuará.)